

LOS ESTADOS UNIDOS DE CLINTON

FRANÇOIS FURET

En las democracias de este fin de siglo, se reconoce a la izquierda y la derecha antes por la estabilidad de sus clientelas que por el aspecto de sus programas, como si los hábitos y los arraigos sobrevivieran al carácter volátil o percedero de las ideas. El escenario francés deja ver con claridad que, incluso en épocas como la nuestra, en que el teatro del mundo se transforma con mucha rapidez, las opiniones políticas se transmiten como tradiciones: Mitterrand fue heroizado como un sucesor de Jaurès a pesar de que barajó todas las cartas, porque las jugó todas; el comunismo se mantiene como una familia golpeada pero digna en la desgracia de los tiempos; y Jacques Chirac ganó la presidencia "en la izquierda" sin lograr librarse mucho tiempo de las eternas sospechas de hostilidad al progreso social que pesan sobre la derecha. Podríamos analizar contrastes del mismo orden, *mutatis mutandis*, en toda la Europa occidental, en España, en Inglaterra, en Italia y en Alemania. Pero lo más sorprendente es que también se encuentran en la política norteamericana, reputada por su carácter excepcional.

DE LA IZQUIERDA AL CENTRO-DERECHA

La geografía del triunfo de Clinton en la última elección presidencial ostenta los rasgos clásicos de una victoria demócrata: el presidente saliente ganó en los estados del noreste, del *Middle West* industrial y de la costa oeste; logró compartir los del sur con su rival republicano. Pero su triunfo del otoño pasado no tiene nada que ver con el de 1992. En aquella época, había vencido a Bush a pesar de las predicciones iniciales de la campaña; interrumpió así doce años consecutivos de presidencia republicana y encarnó la esperanza de retomar una ambiciosa política social, sobre todo en materia de gastos de salud. En 1996, por el contrario, es el hombre del *small government*, del conservadurismo fiscal, y se ha adueñado del tema, caro a la derecha cristiana, de los "valores familiares". Nada importante lo separa del candidato republicano. En lo esencial, se deja llevar por la prosperidad recuperada de la economía, que se atribuye a

sí mismo, y que le basta para ganar. Ha olvidado lo que fue cuatro años atrás. Su mujer, que entonces triunfaba, tuvo que ser confinada esta vez en la trastienda de su campaña, por temor a marcar demasiado su imagen a la izquierda. El talento político del presidente norteamericano, que es a la vez espectacular y poco interesante, procede de la extraordinaria naturalidad con la que asume esa renuncia a sí mismo.

Hay algo de Mitterrand en Clinton. Desde luego, ambos son tan distintos como es posible por la generación y por la cultura. Uno es hijo de la segunda guerra mundial, el otro de los años sesenta. Uno es cien por ciento francés, el otro cien por ciento norteamericano. Pero lo que los separa subraya por contraste el parentesco de su capacidad profesional, hecha de indiferencia a las ideas y genio para la maniobra: una mezcla que antaño hizo los grandes momentos de los partidos conservadores, pero que en nuestros días triunfa en la izquierda, a poco que esté recubierta con la bandera de los derechos del hombre, la religión civil de la época. Es una profesión de fe que no obliga a nada, de tan abstracta y unánime, y que por lo mismo deja el espacio político a las fuerzas ciegas de la economía y a las gracias de la demagogia. Mitterrand y Clinton son maestros en ese arte. Son grandes escenógrafos del *ajuste*.

Por lo demás, sus trayectorias son comparables. Como Mitterrand, Clinton empezó su primer mandato muy a la izquierda y tuvo que retroceder, primero en lo tocante a la admisión de los homosexuales en el ejército, luego en el gran proyecto de financiamiento social de los gastos de salud que fuera el centro de su campaña y del que su mujer, Hillary, se hiciera cargo. Como Mitterrand, fue vencido en las primeras elecciones legislativas que siguieron a su elección. Decir vencido no basta. El escrutinio del otoño de 1994 llevó a una mayoría republicana no sólo al Senado, lo cual se vio con Reagan, sino a la Cámara de representantes, viejo bastión del partido demócrata. Los nuevos elegidos, bajo el báculo de Newt Gingrich, traían en sus maletas una nueva Biblia, el "contrato para los Estados Unidos" que prometía el restablecimiento del equilibrio presupuestal a cambio de cortes

drásticos en los gastos sociales, de la restauración de los valores cristianos en la vida pública, de menos Estado y menos impuestos; en pocas palabras, el retorno de los buenos Estados Unidos de antes. Clinton arqueó el lomo, como Mitterrand en 1986, y pronto, como él —pues hizo estudiar la hazaña— sacó una nueva popularidad de los errores de sus adversarios. En Estados Unidos la opinión detesta tanto el extremismo político como la idea de un desequilibrio demasiado marcado entre los poderes. Atemorizada por las amenazas, reales o supuestas, a los programas sociales en favor de la tercera edad, no apoyó al Congreso en el conflicto con el Presidente en torno al presupuesto. He ahí de nuevo a Clinton sobre el caballo, ocupando otra vez el centro de la política norteamericana, del cual el senador Dole ya no podrá quitarlo. Como el Mitterrand de 1988, es un Clinton moderado, más aún que su antecesor francés. Integró en su nueva candidatura muchas ideas de sus adversarios: un Clinton conservador, de quien es imposible decir lo que hará con su segundo mandato, pues no prometió nada y casi no dijo nada. Justo antes de la campaña, se conformó con dar su acuerdo a un compromiso de presupuesto con la mayoría republicana del Congreso sobre los gastos del *welfare*. Mal recibido por la izquierda (los "liberales" en la terminología norteamericana, inversa a la francesa en este punto) como antisocial, ese compromiso no le impidió ser reelegido con facilidad, sin adversarios confesos en el partido demócrata.

Este rasgo da una medida de cómo se ha movido la opinión pública hacia el centro-derecha, en que se jugó la elección de otoño. Pasó la hora de los grandes y costosos programas sociales, como el New Deal de Roosevelt o la Great Society de Lyndon Johnson. El ciudadano de Estados Unidos opina que paga demasiados impuestos, en un país en el que la susceptibilidad fiscal está en los orígenes de la nación y en el que la pobreza no goza del mismo respeto que en Europa: ¡los Estados Unidos son sin duda la última democracia en el mundo en que todavía se puede acusar a los pobres de ser la fuente de los déficits públicos! Esta mentalidad, tan extendida actualmente, explica que Clinton no haya tenido rivales en la izquierda. Aun la minoría negra, aunque bien organizada y acostumbrada a tener peso sobre el partido demócrata, no contó mucho esta vez, por el grado de hostilidad del ánimo general al impulso de programas gastosos.

EL VOTO DE LAS MUJERES

Nunca ha sido tan fácil ver a qué grado el sistema político de Estados Unidos —no sólo las instituciones propiamente dichas, sino el casi monopolio de la

representación por dos únicos partidos— ejerce un poderoso efecto de reducción sobre las posturas extremas. Del lado republicano, la extrema derecha —cuya fuerza Buchanan supo canalizar durante las elecciones primarias en torno a temas nacionalistas y de "orden moral"— fue simple y sencillamente absorbida por la candidatura del senador Dole, viejo técnico de los compromisos parlamentarios. En sentido inverso, el deslizamiento de Clinton hacia el centro en el campo demócrata no dejó espacio para una izquierda "radical", en parte porque el estado de la opinión no era propicio y en parte porque el "clintonismo", si se puede nombrar con un sustantivo algo tan vago, conservaba al moverse algo de sus orígenes radicales. Oculta ante la opinión, transformada en *soccer-mom*,¹ Hillary encarnaba todavía para los puros la fidelidad a lo *politically correct*.

En la medida en que sirve de punto de reunión para el feminismo de Estados Unidos, poderoso y numeroso, esa fidelidad extendió su influencia más allá de la pequeña izquierda de los campus universitarios. Ahora bien, lo más original de la elección presidencial es que, sin duda por vez primera en la historia de la democracia moderna, Clinton fue elegido por las mujeres.² Todos los sondeos, antes y después de las elecciones, mostraron un gran margen entre el voto masculino y el voto femenino: Dole y Clinton compartían el primero en partes iguales, mientras que el segundo iba en sus dos tercios para el candidato demócrata. Este fenómeno ilustra la fuerza del feminismo norteamericano, que encontró en la ideología *politically correct* expresiones a la vez significativas y ridículas, pero que es aún el movimiento social más importante del último cuarto de siglo. Aún espera, por cierto, a su sociólogo, en un país que tiene tantos, ya que su poder de intimidación sigue siendo muy grande. Pero su poder electoral, manifiesto desde ahora, le aporta un correctivo importante a la aparente estabilidad geográfica de los electorados, pues esa estabilidad oculta una novedad capital, la disparidad del voto según el sexo.

Es un dato que permite aproximarse un poco más al significado del segundo triunfo de Clinton. El primero, el de 1992, había exhibido los colores de la ideología de moda en las universidades: feminismo, multiculturalismo, *affirmative action*,³ etc. La nueva generación que accedía al poder, y que había crecido en el barullo cultural de los años sesenta, aportaba sus ideas, con la forma dogmática que les habían dado las décadas siguientes. Se vio al nuevo presidente formar un gabinete rigurosamente multicultural, arriesgar su nueva autoridad y su crédito militar ya debilitado en la batalla de los derechos de los homosexuales bajo el uniforme, y delegarle a su mujer, no elegida, la responsabilidad de una inmensa reforma

social. La derrota electoral de 1994 sancionó y enterró estas iniciativas, al demostrar que el país no vivía en la época de los campus. De ahí nació el nuevo Clinton, moderado, concensual, pregonando los valores familiares y el ahorro del dinero público: no el contrario del antiguo, sino una adaptación del personaje precedente, a través de la cual el público pudo reconocerse en una versión conservadora de las buenas intenciones de los años sesenta.

Dole, sobreviviente de la Segunda guerra mundial, interesaba menos que Clinton, hostil a la guerra de Viet Nam. La diferencia de edad entre ambos candidatos confirmaba una diferencia de época y de recuerdos. Clinton es el primer jefe de Estado, en el oeste, tan fuertemente marcado por la referencia al movimiento estudiantil de los años sesenta. La identificación es tan clara, que sobrevivió a las transformaciones sucesivas del personaje político y lo ayudó a superar los pequeños escándalos que empañaron su presidencia. Pues el matrimonio Clinton, según una cuenta común a todos los profesores de moral, tan numerosos en su generación, combina la pasión humanitaria con una afición por el dinero rápido que la prensa norteamericana no persigue con su encarnizamiento habitual: el mundo político de los periodistas es el mismo que el de la pareja presidencial, formada en la misma época y en el mismo contexto. Esta especie de solidaridad se extiende incluso más allá, puesto que los americanos reeligieron a Clinton sin miramientos por su "carácter", como atestiguaron todos los sondeos. Por primera vez en su historia, sin duda, votaron por un presidente al que no estimaban, mientras que estimaban a su rival. El mero "encanto" de Clinton no hubiera bastado para colmar ese déficit, de no haberse apoyado en un secreto de complacencia con la opinión.

El voto preferencial de las mujeres es el primer elemento de ese secreto. La batalla de la emancipación de las mujeres norteamericanas ya está ganada, en la medida en que es irreversible y seguirá su curso. Pero estuvo acompañada por una inversión ideológica excepcional y por una verdadera guerra de las ideas, movilizadas por la igualdad de los sexos, en oposición a las diferencias de la naturaleza. El derecho al aborto, por ejemplo, que en Europa fue objeto de disposiciones legislativas fundadas en la estadística social y en la evolución de las costumbres, fue en la misma época codificado en los Estados Unidos por una decisión de la Corte Suprema, como perteneciente al dominio de los derechos. Imprudente manera de hacer una filosofía de Estado con la cuestión más imposible de decidir en la vida, y el medio más seguro de encender una guerra de religión en la nación más cristiana del universo: de hecho, los afanes inversos no escasearon del lado de las Iglesias. El

conflicto está más bien en vías de calmarse en la medida en que, en Estados Unidos como en otros lugares, lo zanja poco a poco el cambio de las costumbres, que lleva a los individuos hacia la autonomía, es decir al dominio de las consecuencias del placer sexual. Pero conserva en esa parte de América un carácter punzante que no tuvo en Europa y que explica en lo esencial la inclinación de las mujeres a favor del partido demócrata.

Aún no podemos decir qué efectos tendrá esa feminización del electorado en la vida política de Estados Unidos. Puede ser que no carezca de relación con el papel creciente jugado por la compasión en el escenario público, como pasión dominante de la vida democrática —contrapeso emocional del universalismo de los derechos. En contra de Dole, quien lo había apostado todo a su promesa de reducir los impuestos, Clinton usó con amplitud ese registro, al menos verbalmente, pues en realidad él también había aceptado de antemano la reducción de los gastos sociales. Pero por eso mismo, gestionó con mucha habilidad la doble y contradictoria petición de la sociedad, que uno encuentra un poco por doquier en las democracias modernas: más ayuda y menos impuestos. Sólo la retórica compasional de los derechos puede llenar este espacio infinito entre la política de la moral y la de los intereses. El presidente de Estados Unidos posee un gran talento en ese terreno. Instalado en una prosperidad económica relativa y dueño del discurso de las buenas intenciones, sigue siendo invencible.

LA APUESTA DEL MULTICULTURALISMO

Creo que a esta panoplia de complicidades que de nuevo lo hizo popular en su país, sin dejar de desacreditarlo un poco, hay que sumar un punto adicional, que también tenía en su juventud: la idea de una extrañeza creciente de los Estados Unidos en relación con Europa y la tradición europea.

Esta idea, una vez más, forma parte del fondo *politically correct* en que se alimentó el pensamiento político de los Clinton. Quizá hasta constituya uno de sus elementos esenciales. Los norteamericanos siempre han tenido una relación ambigua con Europa: provienen de ella pero para existir la rechazaron y la combatieron, con la huida transatlántica y con la guerra de Independencia. En el siglo XX cumplieron valientemente con su deber de soldados de la democracia, antes de soportar casi solos el peso de la guerra fría, pero la imagen de Europa no resultó engrandecida en su espíritu; por el contrario, se encontró asociada al nazismo y al comunismo. Los Estados Unidos habían conquistado el estatuto de primera potencia mundial, pero no les gustaba demasiado el costo de

ese estatuto, en el que Europa occidental, de nuevo rica, no participaba. A esos reclamos, el movimiento estudiantil de los sesenta añadió la puesta en tela de juicio de la tradición colonialista de Europa. Los Estados Unidos recuerdan haber nacido de una guerra de emancipación colonial a finales del siglo XVIII. Dos siglos después, ese sentimiento le dio su legitimidad histórica a la lucha victoriosa de las jóvenes generaciones contra su intervención en Viet Nam, y se encontraba asimismo en el fundamento de la ideología tercermundista tan característica del movimiento, en los Estados Unidos y en otros lugares. Europa, cargada ya con el mal totalitario, recibió además el golpe de la maldición colonial.

No hay que buscar en otra parte, veinte años después, el secreto de la extraordinaria popularidad que tienen en los campus de Estados Unidos libros como el de Frantz Fanon o el de Rigoberta Menchú; aunque se trate más bien de gritos de rabia anticolonialista que de obras filosóficas o históricamente sustanciales, amueblan multitud de seminarios dedicados a la crítica del universalismo europeo, bajo su forma judeocristiana o moderna. Forman la avanzada de una denuncia contra los *dead white European males*, fórmula que renuncio a traducir para dejarle el aspecto de imprecación que posee en el vocabulario *politically correct*: la tradición europea entera, de los griegos hasta las Luces, es acusada de sexismo (*males*), de racismo (*white*) y de culto al pasado (*dead*). La coalición abigarrada de los verdaderos emancipadores de la humanidad contemporánea, los negros, las mujeres, las "minorías", se levanta en su contra.

El "multiculturalismo" es la bandera de esa coalición heteróclita. Puede interpretarse de dos maneras, no incompatibles. Por un lado, manifiesta la ambición de llevar hasta las identidades culturales el movimiento de la igualdad democrática, para hacer dicho movimiento, conforme a su dinámica, cada día más "real", es decir más acorde con la vivencia de los oprimidos. Por otro lado, la idea multiculturalista quiere deshacer el lazo histórico que unió a los pueblos modernos con el marco nacional, percibido por tanto tiempo, antes que nada en Europa, como el vector de lo que los hombres de las Luces llamaron la "civilización". Quiere sustituirlo por un añadido de grupos humanos diversos, que han permanecido fieles a su "cultura" e incluso a su lengua, y que sin embargo viven a la sombra de instituciones comunes y bajo la protección de las mismas leyes. Le niega a la nación toda pretensión a lo universal —ahí se anudan las constantes sospechas que alimenta sobre la literatura o la filosofía de Europa. Pero entonces ella también renuncia a lo universal, sustituyéndolo por un relativismo cultural absoluto, presentado como un gran descubrimiento sobre el camino del progre-

so. Los Estados Unidos de hoy son, en el terreno intelectual, ese país extraño en que el nihilismo "post-moderno" es celebrado como una filosofía de la emancipación y la igualdad democráticas.

Cierto: el mismo movimiento que los aleja de Europa los acerca a su propia experiencia histórica. No sólo porque ésta incluyó la huida de Europa y la lucha contra la metrópoli inglesa; también porque su joven República se desarrolló con aportes sucesivos de dos grupos de inmigrantes a la vez homogéneos y diversos, autorizados a conservar sus rasgos culturales en el país que los acogió, que les ofrecía un marco político y leyes, más que una verdadera sustancia nacional. En Europa, el Estado nació con las naciones y con los reyes. Al otro lado del Atlántico, surgió con la democracia y por medio de ella. Si a la revolución norteamericana no le obsesionó la tabla rasa, como a la Francia de 1789, es porque encontró sus condiciones desde la cuna. Para los inmigrantes que la poblaron, la República constituida en 1787 pudo figurar desde entonces esa pura *forma* política que les ofrecía a la vez una hospitalidad duradera y una nueva ciudadanía: la oportunidad de una ruptura radical, suavizada por la familiaridad mantenida con los viejos vínculos de pertenencia. Durante dos siglos, se instalaron en Estados Unidos "minorías" étnicas como en su lugar predestinado, porque era —pretendía ser— no nacional. En el multiculturalismo hay algo que se parece a la utopía liberal tal como la encarnó la América del siglo XIX. La idea evoca esa multitud de individuos llegados de todas partes para transformar su condición sobre una tierra nueva, individuos tan diferentes por sus orígenes y sin embargo tan semejantes en sus ambiciones. A menudo conservan el lazo con sus comunidades, pero el éxito material, soñado o real, les confiere a sus existencias un dinamismo idéntico. Al revés de lo que ocurre en Europa, más que dividirlos el mercado los une, inseparable como lo es de sus convicciones individualistas y democráticas. Hoy, el "multiculturalismo" no es sino la figura más reciente de esa unidad. Nacida de la voluntad de integrar al fin en la República a los negros, esos grandes excluidos del *American dream*, la idea se extendió progresivamente a todas las "minorías" (salvo los judíos, privados por una vez de su título histórico a la desgracia), y se impuso por la fuerza del movimiento feminista. Es la versión norteamericana de la marcha hacia la igualdad "real" en oposición a la igualdad "formal". En el fondo, es más individualista que comunitaria, y traduce, por ese hecho, a pesar de las apariencias, la tendencia a la uniformidad de la democracia. *Everybody is different* quiere decir en realidad *everybody is the same*.

Si este análisis es exacto, echa una nueva luz sobre el multiculturalismo: el intento de inventar un

nuevo universalismo al estilo de Estados Unidos, contra la tradición europea. La idea es intelectualmente incoherente, ya que lo universal democrático es un producto del pensamiento europeo, incluso en la versión que presentó de ella la fundación de los Estados Unidos. También Europa inventó la antropología y la unidad del hombre en la multiplicidad de sus culturas. La empresa que pretende pensar lo universal sin Montaigne o sin Kant es absurda, *a fortiori* contra ellos, y es por cierto lo que la condena al nihilismo (también hijo de Europa, pero de una inversión total del pensamiento europeo contra sí mismo). Sin embargo, el uso paradójico de una filosofía pesimista como ideología del progreso social¹ muestra que a falta de solidez intelectual, el relativismo multiculturalista posee un asiento político amplio en el mundo de hoy: el que le ofrece el *American dream* a la hora de su triunfo planetario.

En Estados Unidos, las voces críticas son escasas. En el mundo académico, proceden sobre todo de la escuela straussiana, que se apoya en el estudio de los clásicos griegos y de la tradición occidental. Allan Bloom² fue su intérprete más talentoso y más conocido, pero el éxito mismo de su libro ante el público acentuó su aislamiento en el mundo intelectual. A fuerza de sustituir a los judíos alemanes por feministas, las universidades norteamericanas se arriesgan a traicionar a su glorioso periodo posterior a la guerra, para ya no ser sino las catedrales del nuevo *Gospel*. En el terreno de la opinión, el muelle de resistencia es proporcionado por la América cristiana, hostil al aborto y más aún a la celebración de las minorías homosexuales: vasto electorado burgués reunido en torno a predicadores demasiado exagerados por no ser un poco filisteos; mundo demasiado reaccionario, en el sentido propio de la palabra, para pesar realmente sobre el partido republicano. Ni Reagan, ni Bush, ni Dole le hicieron otras concesiones que las verbales. Y Gingrich sólo cayó tan bajo, después de haber ganado, porque cedió demasiado. Los Estados Unidos están excesivamente obsesionados por lo moderno como para escuchar por mucho tiempo las críticas de lo moderno, bajo la forma elaborada de los filósofos straussianos o en la versión sumaria de los predicadores bautistas. Por lo demás, ambas críticas son demasiado contradictorias como para acumular sus efectos.

En el exterior, los Estados Unidos están en el momento de su influencia más grande. Miran hacia el Pacífico más que hacia Europa. Vencieron al comu-

nismo sin guerra, y con las armas mismas de su genio, es decir con la economía. Ya no tienen rivales en el orden del poder, y su experiencia histórica de la democracia, que fascina desde hace dos siglos a la imaginación política de los Modernos, recibió por ello una ejemplaridad adicional. La ideología *politically correct*, última forma de la utopía liberal resurgida de las ruinas de la utopía comunista, revancha de los derechos del hombre sobre el marxismo, capítulo nuevo de la historia compleja de las relaciones entre Europa y los Estados Unidos, busca llenar ese espacio universal. Este conjunto de ideas perdió con el segundo Clinton lo agresivamente dogmático que había tenido con los inicios del primero. Redondeado por el ejercicio del poder, librado de lo ofensivo que había tenido para la mentalidad de los norteamericanos, particularmente en materia de costumbres, se volvió una especie de sabiduría media de la opinión liberal, mayoritaria en el país. Le da a los Estados Unidos un universalismo de su cosecha, que, a falta de tener la fuerza de una filosofía, posee al menos la de su poder. Tal es el viático del nuevo presidente al alba de su segundo mandato. <

© Le Débat

NOTAS

¹ *Soccer-mom* es una expresión de invención reciente de la prensa de Estados Unidos, para designar a las madres de familia que acompañan a sus hijos al campo de fútbol por la tarde. En otras palabras, el ama de casa.

² Como me lo señala uno de mis estudiantes de Chicago, Cristóbal Aljovín, mi afirmación debe ser matizada. El maremoto electoral de 1951 en favor de Perón (y de Evita) en Argentina se debió a un verdadero plebiscito femenino. Ver Leslie Bethell (editor), *The Cambridge History of Latin America*, vol. VI, parte II, p. 533.

³ *Affirmative action* designa al conjunto de disposiciones destinadas a compensar a los miembros de las "minorías culturales" por las discriminaciones de que fueron víctimas en el pasado.

⁴ Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972; Elizabeth Debray Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, México, Siglo XXI, 1986.

⁵ La obra de Richard Rorty, el filósofo norteamericano de moda, es ejemplar a este respecto.

⁶ Allan Bloom, *L'âme désarmée*, París, ed. de Fallois, 1987.